

porque habia incurrido en un disfavor que la hacia honrar de los católicos como á una mártir de la fe. Y en efecto, le fueron abiertas las puertas por la muerte de Leon IV, muerto inopinadamente á la flor de su edad. Dejaba este príncipe á un hijo de diez años, fruto de su union con Irene, llamado Constantino VI, coronado emperador y entregada la regencia á su madre. Bajo el gobierno de Irene, la política de Constantinopla abandonó los malos pasos en que andaba despues de tres siglos. Dase inmediatamente la paz á la Iglesia; nómbrase á Tarasio, sacerdote sabio, pio y católico, patriarca de Constantinopla: en 782, Irene envia á Carlomagno embajadores, encargados de pedirle su amistad y la mano de su hija Rotrude para el emperador Constantino VI. Esta alianza hubiera podido cambiar la faz del mundo; y aun hubiese consolidado para siempre el imperio de Constantino Magno. La espada invencible que dominaba en la Europa y que habia hecho retroceder á los Sarracenos hasta Zaragoza, hubiera podido hacerles esconderse en los desiertos del Oriente. Pero los grandes de Constantinopla, cortesanos envilecidos, no vieron en este proyecto de union con la hija del rey de los Francos sino una influencia extranjera, capaz de hacerles perder plazas y honores que no merecian. « Pensad, le decian á Irene, que en la » persona de Carlomagno vais á tener no un aliado, sino un » amo. » Estas mézquindades, inspiradas por el egoismo, hicieron harta impresion sobre Irene para renunciar á la proyectada alianza, y Constantino VI se desposó con una Armenia llamada María.

17. En medio de todas estas preocupaciones políticas, no perdía de vista Irene los intereses de la Iglesia, tan cruelmente atormentada por la herejía de los Iconoclastas. Las antiguas relaciones entre Roma y Constantinopla, interrumpidas durante el reinado de Constantino Coprónimo y Leon Porfirogeneta, acababan de restablecerse por Tarasio, el cual, desde su promocion misma, se habia apresurado á dirigir al papa Adriano I sus letras sinodales y su profesion de fe. Por su parte, Irene escribió al soberano pontífice asegurándole que

anhelaba vivamente poner remedio á los males que los últimos emperadores habian hecho á la Iglesia, y con este objeto le suplicaba juntase un concilio general que pudiese confirmar la tradicion católica tocante al culto de las sagradas imágenes, y acabase de pacificar todos los espíritus. Estas cartas llenaron de júbilo al piadoso pontífice, y borraban cincuenta y mas años de cisma. Sin embargo, Adriano I halló en ellas una expresion que reprendió enérgicamente en su respuesta; y era que Irene daba á Tarasio el título de *patriarca ecuménico* ó universal. « No sabemos, dice el papa, si es por ignorancia, ó » si es por cierto gérmen oculto de herejía el haber puesto esta » expresion; mas suplicamos á V. M. no se vuelva á servir de » ella, por ser contraria á los cánones y á los decretos de los » santos Padres. El primado sobre todas las iglesias del uni- » verso ha sido otorgado á Pedro por Jesucristo, y en la per- » sona de este apóstol, á todos los romanos pontífices, sus sucesores, á cuyo rango, á pesar de nuestra indignidad, hemos » sido elevado. » Por lo demás, Adriano felicitaba á Irene y á su hijo por el celo en el restablecimiento de la fe católica. Concluidos todos estos preliminares, se abrió el séptimo concilio general en Nicea en la iglesia de Santa Sofia, bajo la presidencia de los legados del papa, Pedro, arcipreste de la Iglesia romana, y otro Pedro, abad del monasterio de San Sabas, en el 27 de setiembre de 787. Asistieron á este concilio trescientos setenta y siete obispos. Fué discutida madura y seriamente la cuestion de las santas imágenes, y quedó resuelta segun las reglas de la tradicion oral y escrita. Se anatemizó al concilio iconoclasta de Constantinopla, del año 754, en el reinado del Coprónimo. Finalmente, se dió el decreto siguiente: « Despues de examinada maduramente la materia, » hemos decidido que las imágenes sagradas de Jesucristo, de » la santísima Vígen, de los santos y ángeles, deben ser re- » puestas en las iglesias, oratorios y casas particulares; debe » tributárseles un culto especial, no el de adoracion ó *latría*, » que solo pertenece á Dios, sino el culto de veneracion y honor: porque el que reverencia una imagen, reverencia á

» quien representa. Tal es la doctrina de los santos Padres y » de la tradicion de la santa Iglesia católica, esparcida por » todo el universo. » Parecia que bastaba el solo buen sentido comun para demostrar verdades tan palpables de sí, y será vergüenza eterna para el Bajo Imperio el haber tenido necesidad de mas de medio siglo de violencias, muertes y crueldades de toda especie, cometidas por los Iconoclastas, para comprender una doctrina tan elemental. Las actas del concilio general, firmadas por Irene y Constantino VI, su hijo, y por todos los obispos presentes, fueron dirigidas al papa Adriano I, el cual las hizo traducir del griego al latin. Envió esta traduccion á Carlomagno, al tiempo de participar á este príncipe el feliz acontecimiento que pacificaba á la Iglesia de Oriente.

18. Carlomagno, á la sazón en Francfort, donde se habian reunido los obispos de las Galias y de la Germania [para tratar de Elipando y Félix, que habian acudido á aquel concilio para lograr quedar impunes de las penas que les habian sido impuestas en España], cuyo concilio se celebró en 790, les comunicó las actas del séptimo concilio general de Nicea. [El concilio ya habia ratificado la condenacion de los errores y personas de Félix de Urgel y de Elipando de Toledo : pasó pues á tomar conocimiento de dichas actas.] La traduccion latina de las actas en griego contenia un equívoco, traduciendo indiferentemente las palabras griegas *proskunein* (que significa *postrarse, saludar con respeto*) y la voz *latreuein* (que significa *adorar*), por la sola y misma palabra latina *adorare*⁽¹⁾, *adoratio*. Así es que esta traduccion engañó á los Padres francos sobre el valor del concilio de Nicea. « Se ha preguntado, dicen, lo que debe pensarse de un nuevo concilio, celebrado » por los Griegos en Nicea, en el cual se anatematiza al que » no tribute á las imágenes de los santos el culto de adoracion » que se debe á la santísima Trinidad. Nosotros condenamos

(1) La voz *adorare*, en latin, no corresponde perfectamente á nuestra voz *adorar* : en latin significa tambien *postrarse, saludar con veneracion*, como se lee en la traduccion Vulgata del antiguo Testamento. Sin embargo los santos Padres la toman casi siempre en el sentido de *adorar*.

» unánimemente este error, y prohibimos toda adoracion á las » imágenes (1). » Compúsose despues una refutacion mas extensa del concilio ecuménico de Nicea⁽²⁾ en cuatro libros, enviados al papa por Carlomagno, cuya circunstancia les ha hecho dar el nombre de *Libros Carolinos*. Adriano I respondió con gran bondad á la comunicacion del rey de Francia. Le explica el *equívoco* en la inteligencia del latin, y le hace comprender que la doctrina católica que los obispos francos defendian contra los Padres de Nicea, era precisamente la que estos mismos Padres habian declarado, defendido y definido contra los Iconoclastas.

19. Murió el papa Adriano el 25 de diciembre de 795, época en que llegó su respuesta á Francfort. Su pontificado de veintitres años ha sido uno de los mas gloriosos para la Iglesia romana. Adriano poseia todas las cualidades de un gran papa : piedad tierna y activa, celo ardiente, templado por una sabia prudencia, y una mansedumbre inalterable. Carlomagno le lloró como á su padre, como á su amigo. Nos ha dejado un testimonio de su dolor en el epitafio que compuso él mismo en el sepulcro de Adriano y que aun se ve hoy. Se admira la extrema sensibilidad del gran monarca. « Érais mi padre, y ob- » jeto de mi amor, dice; ahora sois objeto de mis lágrimas. » Para señal de union de nuestros corazones, yo junto nuestros tres nombres : Adriano, Carlos. Yo soy el rey, vos el padre. » ¡Oh amantísimo padre mio! dignaos acordaros de mí, y » haced que vuestro discípulo vaya á reunirse con su padre. » Santa y noble amistad que unia á estos dos grandes corazones de pontífice y de rey en un fin comun : la dicha y gloria de su

(1) Autores muy respetables dicen que el concilio de Francfort erró en el hecho de atribuir al séptimo sínodo general una doctrina que no expresó, sino que contradijo. Además los Padres de Francfort no estaban de acuerdo con los de Nicea, sobre el modo de tributar el culto á los santos, tales como *incienso, luces*, etc., que por causa de la reciente conversion de la Germania, no convenia dejar usar, por temor de volver á caer en la idolatria. (El Traductor.)

(2) Los Padres Francoforcienses no reconocian aun el concilio II de Nicea como ecuménico, sino como un concilio oriental que, aunque celebrado por católicos, no creian tener aun las cualidades de *universal, ó ecuménico*. (El Traductor.)

siglo! El nombre de Adriano cierra la época tercera de la Iglesia.

ADICION DEL TRADUCTOR.

Aunque casi toda España estuviese sujeta á los Sarracenos, que cada primavera vomitaban nuevos enjambres de Moros sobre las costas de nuestra patria para reparar los descabros que experimentaban, no se ha de creer por eso que le faltaron á la Iglesia dias de consuelo, de luz y de victoria en medio del cataclismo universal. — Don Pelayo logró arrojar á los Sarracenos de todas las Asturias y llegó hasta Leon. Don Favila, su hijo, en el escaso reinado de dos años batió diversas veces á los Moros y les ganó una gran batalla en 738, con que aseguró las Asturias y lo conquistado por su padre. Don Alonso, yerno de don Pelayo, fué uno de los mayores y mejores monarcas de España. Derrotó en muchos encuentros á los Moros, y logró arrojarlos de casi toda la Galicia, de todo el país comprendido entre el Miño y el Duero, y mucha parte de Portugal, por manera que á su muerte, acaecida en 757, casi todo el norte de España respiraba libre del yugo de los Moros. — Don Fruela logró derrotar completamente al ejército de Abderrámen por el año 760, y en memoria de esta victoria fundó la ciudad de Oviedo. — De todos los reyes de España, exceptuado Mauregato, quedan consignadas grandes hazañas en nuestras crónicas. Don Bermudo el Diácono, que solo recibió la corona para seguridad del reino, y que la ciñó muy digna y brillantemente, renunció el trono en su sobrino don Alfonso el Casto, príncipe de angelical virtud, de mucha prudencia y pericia militar. — Es inútil decir que á pesar de las circunstancias tan críticas, se conservaba la disciplina eclesiástica con el vigor que podían sobrellevar las dificultades de la época. En Toledo, los cristianos obtuvieron el libre ejercicio de su religion, y nunca vacó ni la silla de Toledo ni las principales dignidades: lo mismo en Córdoba, Sevilla y algunos otros puntos. — Cuando Elipando y Félix comenzaron á sostener el *adopcionismo*, salieron en defensa de la fe los que por su re-

tiro y seguridad pudieron escribir, entre ellos san Beato, monje asturiano. — Juan y Vero, arzobispos de Sevilla, á pesar de la ocupacion musulmana, no solo mantenian en la fe á los cristianos que vivian bajo el yugo de los Sarracenos, sino que compusieron, el primero una traduccion árabe de la Biblia, lo que probaba su profundo conocimiento en dicha lengua; y el segundo compuso varios tratados polémicos á favor de la religion cristiana. — Por este mismo tiempo floreció Julian Lucas, diácono de Toledo, que escribió sobre las *Antigüedades de España*, y la vida de don Rodrigo. Por último, son dignos del mayor elogio el famoso *Isidoro Pacense*, ó de Béjar, historiador famoso por su veracidad y exactitud; Pedro Pulchro, chantre de Toledo, que escribió sobre cronología y sobre la celebracion de la Pascua. Debemos terminar este párrafo diciendo que Félix y Elipando se convirtieron y murieron católicos, aunque el primero en Leon de Francia. Ambos, excepto la herejía, eran prelados sabios, celosos y virtuosos, segun testimonio del mismo Alcuino. Con su muerte no quedó el menor vestigio de su herejía, que se dice traída á España por un Nestoriano, avecindado en Córdoba, y que vino con los Sarracenos.